

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 11, capítulo CLXXXVIII

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
María del Carmen Berdejo Bravo

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 11, capítulo CLXXXVIII

**Anotado y revisado por
María del Carmen Berdejo Bravo
(UAM Azcapotzalco)**

Capítulo CLXXXVIII

Sucesos en la Baja California; Regreso de Plácido

Julio a septiembre de 1866

CAPÍTULO CLXXXVIII

SUCESOS EN LA BAJA CALIFORNIA; REGRESO DE PLÁCIDO VEGA

Julio a septiembre de 1866

Muy poco sabe el mexicano común de la historia de la Baja California, por lo que parece conveniente dar algunas breves noticias, para la mejor comprensión de los documentos con que se inicia este capítulo.

La escasa población concentrada en la parte sur de la península, vio con simpatía la causa liberal, por lo que se adhirió al Plan de Ayutla y designó diputado que actuó en el Congreso Constituyente de 1856.

La guarnición, al iniciarse 1858, hizo suyo el Plan de Tacubaya, estableciéndose una administración conservadora; pero en septiembre de 1858 fue derrocada por un movimiento encabezado por el teniente coronel Manuel Márquez, asumiendo el cargo de jefe político interino el señor Ramón Navarro, mientras el gobierno nacional designaba autoridad definitiva.

El Presidente Juárez, desde Veracruz, nombró a Jerónimo Amador, quien fue un mal gobernante, por lo que le substituyeron varias personas interinamente, hasta que Juárez designó, en 1861, gobernador a Teodoro Riveroll, quien envió a Juárez un interesante informe describiendo la precaria situación de la península y que aparece en esta obra.¹

En 1863 fue sustituido por Pedro Magaña Navarrete, hasta 1865 en que dejó el cargo en manos de Félix Gilbert, quien no supo cumplir con su deber; "este señor, al presentarse en La Paz un barco de guerra francés, exigiendo adhesión al imperio de Maximiliano, por decreto de 29 de septiembre de 1865, puso la península bajo la bandera de aquel régimen,

¹ Véase tomo 5.

pero el 12 de noviembre del mismo año fue rescatada por el pueblo californiano, encabezado por el coronel Clodomiro Cota, para la causa republicana".²

Por ser poco conocido un audaz hecho que dio al general Corona la oportunidad de capturar un importante cargamento de armas, reproducimos de la obra de Pablo L. Martínez el relato correspondiente:

El 6 de abril de 1866, ocurrió un dramático episodio histórico en Cabo San Lucas, consistente en la captura del vapor mercante norteamericano *Jhon L. Stephens*, que navegaba con bandera del imperio de Maximiliano; habiendo tenido conocimiento el general Ramón Corona, en Sinaloa, de que dicho barco traía de San Francisco un cargamento de armas y municiones para los franceses a Mazatlán, mandó anticipadamente al norteamericano Dana, jefe de una guerrilla de voluntarios de la misma nacionalidad que a su lado peleaban, para que se apostara con diez compañeros en el lugar antes citado, con órdenes de apoderarse del buque por medio de un golpe de astucia y audacia. Al fondear la nave, subieron los susodichos a bordo en calidad de pasajeros, e inmediatamente Dana, pistola en mano, redujo a la impotencia al capitán, intimándole rendición, a la vez que el resto de la comisión hacía otro tanto con la tripulación y pasajeros, entre los que se contaba el francés Chavón, conductor del cargamento. El *Stephens* fue llevado a La Paz y allí trasladadas las armas a una goleta mexicana, que inmediatamente se dirigió a la costa de Sinaloa. Llegó a Playa Colorada el 24 de abril, desde donde Dana dio parte a Corona de haber cumplido satisfactoriamente la comisión que le había conferido. Esta acción causó admiración y entusiasmo entre los republicanos que combatían a los franceses en Sinaloa.³

² Pablo L. Martínez., *Historia de la Baja California*, México, 1956, p. 413.

³ Martínez. *Historia*, p. 414.

El gobierno republicano envió, para gobernar la península, a Antonio Pedrín, quien tomó el mando a fines de 1865; pero en junio de 1866 fue derrocado por Pedro Magaña Navarrete, apoyándose en la guardia nacional de San José del Cabo y como parte del plan preparado por Plácido Vega, desde California, para asegurar su regreso.

Alterando el orden cronológico, se inicia este capítulo con la carta del general Manuel Márquez, informando lo que ocurrió en la península y el origen de las maniobras de Magaña Navarrete, que le permitieron tomar el poder en Baja California.

Simulando adhesión al gobierno nacional, envió Magaña Navarrete un comisionado a Sinaloa que trata de obtener el espaldarazo de parte del general Corona, para legalizar su posición.

El enviado Ignacio C. Ocádiz, escribe desde Culiacán una melosa carta a Juárez, tratando de que se reconozca la nueva situación creada en la Baja California.

El general Ramón Corona ve con desconfianza a Magaña Navarrete y a su enviado, sobre todo porque tiene noticias, que resultaron erróneas, de que Plácido Vega ha desembarcado en la Baja California.

También le preocupa a Corona que la entrada de mercancías de las próximas "expediciones" o sean envíos de Europa, se hagan bajo la autoridad del gobierno nacional para obtener el mayor producto fiscal y darle el mejor uso; Juan B. Sepúlveda coincide en su parecer.

Plácido Vega desembarcó en Sinaloa, en Boca de las Piedras, al norte de la entidad y se movió en dirección a El Fuerte, estableciendo su campamento en el Altillo, a cuatro kilómetros de esa población.

Al pasar por Zaragoza, expide el 15 de agosto una proclama insidiosa, en que se muestra fiel a la causa republicana, adicto al gobierno de Juárez y dispuesto a darle explicaciones sobre su misión en los Estados Unidos.

El coronel Adolfo Palacio, jefe de la guarnición en Alamos, ve con desconfianza a Vega y le avisa a Juárez que si Vega toma alguna actitud hostil, lo aprehenderá, poniéndolo a disposición del general Corona.

Este jefe militar, que tiene una antigua enemistad personal con Vega, actúa con prudencia; no obstante que lo ve con reserva, prefiere

que se le envíe un emisario para conferenciar y decirle entregue el armamento que tiene.

Plácido Vega envía carta a Juárez pidiéndole dé órdenes para que no se estorbe su tránsito y poder informar y ofrecer el balance de cuentas de su comisión.

Anacleto Herrera y Cairo escribe a Juárez, desde Monterrey, comunicándole que los franceses concentran sus fuerzas, esquivando todo combate, para retirarse de México.

DOCUMENTOS

**Julio a septiembre
de 1866**

ES NECESARIO QUE LOS PUEBLOS LE DEBAN A JUÁREZ
SU FELICIDAD PARA QUE PUEDAN DISFRUTAR DE ELLA

Presidio de Mazatlán, agosto 10 de 1866

Señor Presidente don Benito Juárez
(Chihuahua)

Señor de todo mi respeto y estimación:

No basta, señor, que la República deba a usted su salvación, es necesario que le deba también su felicidad, y para que los pueblos puedan disfrutar de ella, fuerza es que sus destinos se confíen a hombres de probidad, de verdadero mérito.

He informado al señor Lerdo de Tejada del estado que guardan las cosas en Sonora y Baja California y le suplico se digne disponer lo que estime conveniente respecto a uno y otro de aquellos países.

Ya recordará usted cuáles han sido mis ideas respecto a la nulidad y mala conducta de varias personas y el comportamiento de González Ortega, de Carbajal, de Vega, de Patoni, etc., etc., ha probado que no me equivoco en mis juicios y le puedo asegurar con toda la sinceridad de un hombre de bien, que nada me es más desagradable que hablar mal de algunos de mis compatriotas, ¿pero qué debo hacer si así lo exige el bien público?

Si en la Baja California se encarga de la autoridad al ciudadano Ramón Navarro, puede el Supremo Gobierno estar seguro de que aquel territorio no será como hasta aquí indiferente a los males de la patria. ¿Qué se ha hecho allá en favor de la causa? Nada, absolutamente nada.

Navarrete es uno de los muchos pancistas que no tienen más patriotismo que su ambición personal.

Si cuando yo informé que Gibert traicionaría se me hubiera dado crédito, cuántos males se habrían evitado.

Disimule usted las continuas molestias de su afectísimo y seguro servidor que besa su mano [q. b. s. m.].

Manuel Márquez

EL GOBERNADOR DE BAJA CALIFORNIA
EXTORSIONA A LOS HABITANTES DE ESE LUGAR

Villa de Unión, septiembre 1º de 1866

Señor Presidente don Benito Juárez
Chihuahua

Mi respetable señor y amigo:

Con mucho sentimiento y muy a mi pesar me veo obligado a cada paso a molestar a usted con informes desagradables, pero debo hacerlo porque digo como Arlincourt, "yo no busco más que el bien porque hay demasiados que especulan con el mal".

En la Baja California se están cometiendo toda clase de excesos por el actual gobernante; una chusma de bribones y traidores oprimen al pueblo, hasta el grado de que todos los republicanos están emigrando.

La adjunta carta dará a usted alguna idea de Navarrete y sus partidarios; por ella verá con que descaro emplean la calumnia, pues hasta a mí me quieren hacer pasar por ladrón, cuando entre los mismos enemigos de nuestra causa ha sido mi nombre considerado como una garantía de las personas y sus intereses.

Reitero a usted mi súplica de dirigir una mirada hacia aquella parte de la República.

Su siempre adicto y seguro servidor que besa su mano [q. b. s. m.].

Manuel Márquez

EL GENERAL MANUEL MÁRQUEZ INFORMA
SOBRE LAS MANIOBRAS DE PLÁCIDO VEGA
Y NAVARRETE EN BAJA CALIFORNIA

Villa de Unión, agosto 14 de 1866

Señor Presidente don Benito Juárez

Señor de mi aprecio y respeto:

Cuando desde Culiacán me dirigí a usted y al señor Lerdo de Tejada no quise, por delicadeza, tocar un asunto de la mayor importancia. Se trataba de don Plácido Vega, de ese hombre que a fuerza de intrigas y calumnias logró hacerme caer en desgracia con el Supremo Gobierno y como enemigo no debí ocuparme de él, pero hoy que el general Corona tiene necesidad de dirigirse a usted sobre este particular, me considero obligado a informarle sobre algunos antecedentes de bastante consideración.

En el mes de enero último estuvo en San Francisco don Pedro M. Navarrete, donde pensaba interesar al señor Godoy para que lo propusiera al gobierno para jefe político y comandante militar de la Baja California, pero el señor Godoy tenía informes ya de este individuo y no quiso recomendarlo, pero él que constantemente sueña con el gobierno del territorio por las ventajas que de él ha sacado, se dirigió entonces a don Plácido Vega e hicieron una alianza para protegerse mutuamente a fin de apoderarse de los gobiernos de Baja California y Sinaloa.

Su plan era el siguiente:

Contratar en San Francisco un empréstito de \$100,000 dando en prenda la salina del Carmen para que los prestamistas la explotaran en su provecho hasta que se les devolviera la cantidad expresada. Con estos

fondos que recibiría Vega, debía armar algunos voluntarios en San Francisco y venir con ellos y con 1,500 rifles a la Magdalena desde donde se dirigiría a la Paz. Allí debían reclutar gente y arbitrar más recursos para introducirse en Sinaloa, reunir a los partidarios de Vega, proclamar presidente a González Ortega y arrojar a Corona del estado.

Para dar principio a sus maniobras necesitaban recibir los \$100,000, pero los prestamistas no querían soltar el dinero hasta recibir la salina y entonces Navarrete firmó los preliminares del contrato, titulándose gobernador de la Baja California y en unión de un don Ignacio Ocádiz se vino a la Baja California con objeto de apoderarse a todo trance del gobierno, haciendo venir a la Paz unos cuantos filibusteros, so pretexto de pescar ballenas; pero yo estaba entonces en la Baja California, fui bien informado de todo y armando al pueblo, impedí que logaran su objeto.

Un mes y medio después salí de aquel territorio y Navarrete no halló oposición, se hizo gobernador y don Plácido Vega vino inmediatamente a unírsele.

Este es el estado que guardan las cosas en la Baja California y si por desgracia llegáramos a sufrir por aquí algún contratiempo no dude usted que aquellos hombres se nos vendrían encima, pero esto no sucederá, porque se trabaja con prudencia y resolución.

De usted afectísimo y seguro servidor q. b. s. m.

Manuel Márquez

NOTICIAS SOBRE LA SITUACIÓN DE BAJA CALIFORNIA

Culiacán, julio 23 de 1866

Señor Presidente de la República,
licenciado don Benito Juárez
Chihuahua

Muy señor mío de mi estimación:

Como usted verá por los documentos oficiales que se publican por la prensa de esta villa, referentes al positivo restablecimiento del orden constitucional en el gobierno de la Baja California y a la seria preparación para la defensa contra la invasión, para crear más prestigios y para ser más útil a la causa nacional, he venido en comisión al estado de Sinaloa para ponerlo en relación con su gobierno y demás jefes, por cuanto interesa también a las operaciones militares.

Grato es para mí comunicarle esta nueva, aunque en pequeño, por la poca importancia de la península, porque como ha sucedido, puede prestar auxilio de alguna valía. Como dije a usted desde San Francisco California y después desde la península, que el objeto de mi detención en aquel lugar sería ponerla en estado de afrontar la situación nacional; así pues, tengo el gusto de ver cumplidos mis deseos, sin que se hubiese dado un escándalo como pretendían los traidores encubiertos, ex jefe político y su círculo.

Vacilante como estaba la clase acomodada de aquel país, entre reconocer y asirse por el sistema imperial o estar soportando el fastidio del republicano, por la inercia y adhesión al imperio de su gobernante, reanimado el espíritu patrio en las demás clases, la primera y todas

siguen nuestro asentimiento por la permanencia de usted en la presidencia; así espero y procuraré sea hasta la completa desocupación del país.

En este concepto, usted puede contar enteramente con aquella península y estar seguro de que si es invadida como esperan a cada momento, porque para ello agita a los franceses el traidor Félix Libert, don Pedro Navarrete hará la defensa; él está resuelto y aun comprometido de una manera seria como no lo había hecho ninguna otra persona de allí. El general Corona mandó a La Paz trece americanos para que solicitaran de las autoridades o de Navarrete los auxilios necesarios para que por tierra o por mar fuesen al Cabo de San Lucas y capturasen el vapor *John L. Stephens*. Como era de esperarse, el comandante Dana, que los mandaba en vano, manifestó su pretensión; por casualidad dos días antes habíamos llegado a La Paz, Navarrete y yo y, Dana se dirigió a él. No dejaba de vacilar este señor para obsequiar los deseos del señor Corona, tanto porque no tenía autoridad ninguna, cuanto porque ya comenzábamos a luchar con el gobierno de don Antonio Pedrín y no menos porque los americanos no presentaban fondos para esos gastos; pero bien considerada la importancia de la captura del vapor, por el armamento y municiones que llevaba para Mazatlán, resolvimos darles un pailebot y víveres bajo nuestra responsabilidad, considerando que si hacían su camino por tierra, era indudable que el gobierno, que se hallaba en San José del Cabo, se los impediría. Esta protección es sabida por los franceses y por esto digo que él no cejará en su propósito.⁴

Navarrete, si no ha comunicado a usted su recepción del gobierno oficialmente sino por carta particular, es porque ha creído que sólo así podría llegar a sus manos, por la inseguridad de las vías de comunicación, así es que usted se servirá disculparle.

Volviendo a la comisión, además de la que digo a usted, traigo otra.

⁴ Es notorio que se pretende capitalizar la audaz acción relatada en la introducción, a favor de Magaña Navarrete.

Hemos considerado que encontrándose el territorio en buen sentido y con unos 300 hombres que están sobre las armas; habiéndose hecho el movimiento militar con todo orden, lo mismo que el escrutinio en la elección para gobernador, por el que salió electo Navarrete y sin que se hayan hecho exacciones, el comercio de Mazatlán tendrá la suficiente confianza para llevar a La Paz sus expediciones, pues éstos he creído que por la rebaja que pueden conseguir en los derechos, arriesguen llevarlas allí; de esta manera, si se consigue algo, el gobierno general contará con algunos fondos y éstos serán recursos que se le quiten al enemigo. Para esta comisión, que por mí y a nombre del señor Navarrete pongo en conocimiento de usted, me autorizó suficientemente en cuanto permiten sus facultades, por manera que perteneciendo esta comisión o debiendo ser por usted y el ministerio de Hacienda, si fuere de la aprobación de usted y creyere necesaria otra circunstancia, usted tendrá de imponerme sus órdenes.

Concluida mi misión, que será pronto, porque el gobernador de este estado se halla cerca de Mazatlán, regresaré para La Paz; pero usted podrá dirigirme sus órdenes por conducto de don Juan Sepúlveda, de esta villa, a quien encargo dirija a usted ésta. Por mi compromiso de amistad con el señor Navarrete, tengo que volver a la Baja California para ayudarle en el arreglo de la administración de aquel desgraciado territorio que se halla en completo desorden; pero mi intención ha sido y procuraré hacerlo, concurrir al foco de los acontecimientos, sean favorables o adversos.

El señor Sepúlveda, jefe de Hacienda de este estado, me ha indicado haber manifestado a usted la necesidad de extender hasta aquella península la influencia o autoridad del señor general Corona, en el supuesto de que sin saber el restablecimiento que comunico a usted no les prometía ninguna confianza aquel lugar y con razón, pero ya que las cosas han cambiado de una manera satisfactoria y segura, en mi concepto, permítame usted que lo emita; no sería consecuente ponerlo bajo tutela cuando esfuerzos y sacrificios de los ciudadanos más juiciosos y honrados, se ha restablecido y afianzado el orden, dispuestos a defender

con las armas sus instituciones y nacionalidad; usted, sin embargo, dispondrá lo que tenga por conveniente.

Siento no pasar al campo del señor Corona para conferenciar con él y el señor Rubí, pero me lo impide la estación de aguas que ya no me permitiría reembarcarme y la escasez de recursos; yo traía los suficientes, pero el patrón del pailebot, probablemente enemigo, no obstante que el buque fue fletado expresamente para traerme al puerto de Altata y esperarme para llevarme a La Paz, no conociendo yo la costa de Sinaloa, con mi criada me ha dejado en la inhabitada isla de Saliaca, donde permanecemos sin alimento cuatro días hasta que casualmente pasó un buque y nos llevó a Playa Colorada, donde noté que el patrón me había extraído 27 onzas americanas.

Este hombre me aseguró que quedaba en tierra firme y a dos leguas de Altata, pobladas por rancherías. Creído yo de este informe y evitando ser visto por algún buque francés, acepté y consentí que el buque siguiera solo para Altata; pero este hombre, para confirmar más su crimen, ni acabó de poner en tierra el completo de mi equipaje ni ha llegado hasta hoy a dicho puerto. Esta circunstancia y la que yo pensaría pedir aquí recursos para hacer este viaje, en razón de que ni en la Baja California, donde en el servicio público trabajo exclusivamente desde marzo último, he recibido un solo centavo, porque no he tenido necesidad, me hace regresar cuanto antes.

Como siempre me es grato repetirme de usted su afectísimo amigo y servidor que le estima y b. s. m.

Ignacio C. Ocádiz

RAMÓN CORONA COMENTA
LA SITUACIÓN DE BAJA CALIFORNIA

Presidio (Sinaloa), agosto 14 de 1866

Ciudadano Presidente licenciado Benito Juárez
Chihuahua (Chihuahua)

Fino amigo:

Tengo noticias que don Plácido Vega ha desembarcado en la costa de la Baja California, según se dice, con 200 americanos y 5,000 fusiles. Hay varios comentarios sobre las intenciones de este señor y suplico a usted me dé violentamente sus órdenes con respecto a él.

Llamo la atención de usted a otro asunto de grande importancia para el erario de la nación y para la buena distribución de los fondos públicos. Se me han presentado comisionados de las casas fuertes del puerto de Mazatlán, manifestándome que del mes de octubre en adelante esperan sus expediciones de Europa. No sé qué situación guardará el puerto entonces y me parece necesario que el gobierno nacional tome las medidas convenientes para asegurarse de las cantidades que producen los derechos de esas expediciones. Los buques no pueden desembarcar en Altata porque la barra no tiene el agua suficiente, porque lo impedirían los buques del enemigo y porque, además, es punto de peligro para las embarcaciones por los vientos fuertes del sur.

La Paz es un puerto bueno y seguro para que desembarquen sus cargamentos y una vez nacionalizados sus efectos los podrán transportar en los pailebotes de cabotaje a los puertos de los estados que ellos escojan. Pero hay lo siguiente: creo que no ignora el ciudadano presidente los abusos, el despilfarro y la mala fe que antes ha sido orden

del día entre los puertos diferentes de esta costa; cómo han ofrecido ventajas y más ventajas a los comerciantes para quitar uno al otro los fondos que producen los derechos de una embarcación; cómo se había introducido un sistema escandaloso para robar descaradamente el erario de la nación.

Le digo esto para que si lo tiene usted a bien mande, sin pérdida de tiempo, un empleado general para los puertos de la costa del Pacífico, el que se deba entender con las rentas del gobierno nacional. Si se consigue que este empleado sea de juicio y de buen sentido, versado en los negocios que va a despachar y más de todo, que sea honrado, descanse usted, señor, que yo procuraré sostenerlo en su puesto a todo trance, sea que tome su residencia en Culiacán, sea que la tome en La Paz.

Poco antes de que tuviera noticias de la llegada del señor Vega en la Baja California, se presentó en Culiacán un señor don Ignacio Ocádiz quien manifestó que en vista de un cambio del personal del gobierno que había tenido lugar en la Baja, venía a ponerse a mis órdenes, solicitando 50 hombres armados para que le sirviesen de pie de un cuerpo de 300 hombres que iba a formar en la Baja. No le di este auxilio porque el gobierno nacional no me ha dado facultades sobre la Baja California. Se volvió y poco después supe, por los encargados de las casas fuertes de Mazatlán en Culiacán, que su misión principal fue proponer a las casas de Mazatlán desembarcasen sus cargamentos en La Paz. Como en este hecho se señala de nuevo la competencia antigua a que me refiero antes, por esto le hago a usted la proposición de mandar un comisionado ampliamente facultado para estos asuntos. Remito la presente abierta al señor don Juan Sepúlveda, para que en vista de ella le escriba más extensamente sobre el particular, pues la opinión de él es para mí de importancia.

Para explorar la conducta que don Plácido Vega quiere usar conmigo y para normar yo la mía y saber aguantarme, ya les doy órdenes (a) algunos jefes de la fuerza que mando para que le escriban y veré su contestación y se la comunicaré a usted para su conocimiento.

Desde el día 4 estoy utilizando la plaza de Mazatlán con muy buen éxito hasta hoy y sin comprometerme en nada; el parte (de) todo (lo envío) al ministerio de la Guerra.

Sabe que lo aprecia su afectísimo seguro servidor q. b. s. m.

Ramón Corona

PLÁCIDO VEGA
DESEMBARCA EN SINALOA

Culiacán, agosto 20 de 1866

Señor Presidente licenciado don Benito Juárez
Chihuahua

Muy señor mío de mi consideración:

El señor general Corona me remite abierta la que tengo el gusto de adjuntar a usted, encargándome que escriba a usted y le hable sobre los mismos interesantes puntos de que se ocupa el expresado señor general Corona. Soy enteramente conforme con la necesidad que hay de que el Supremo Gobierno nombre un empleado general, ampliamente facultado, para entenderse con los comerciantes importadores, en el arreglo de sus expediciones por cualquiera de los puertos del Pacífico.

Asimismo que este empleado se entienda con la recaudación y distribución de las rentas federales.

Con esta medida se evitará el desequilibrio mercantil que siempre ha habido, a causa de las más o menos ventajas que cada comerciante, a su vez, ha sacado de los gobernadores con quienes ha tenido que tratar y el gran despilfarro que ha habido al hacer uso de las rentas federales, gastadas en tiempos atrás en toda esta costa sin economía ni tino.

No quiero detenerme en encarecer a usted lo urgente de esta disposición, porque estoy seguro que usted comprende perfectamente tal necesidad. Por lo mismo, confiamos que, en bien de las rentas públicas del Supremo Gobierno, se ocupará preferentemente de este negocio.

Estoy plenamente convencido que un buen empleado para el objeto de que se trata, podrá muy bien cubrir los gastos de guerra que se

ofrezcan por estos rumbos y ayudar al gobierno general con algunos recursos para sus atenciones. Por experiencia me consta lo que vale una buena administración de los caudales públicos, porque he visto que no obstante la difícilísima situación porque hemos atravesado en este estado, sin contar con los productos de Mazatlán, hemos podido mantener una fuerza considerable con que se ha hecho frente al enemigo extranjero y sin apelar a medidas extremas, pues aun los préstamos que nos hemos visto obligados a imponer están completamente amortizados, con más los impuestos en la época del finado señor general Rosales. Así, pues, con trabajo y economías hemos podido mantener nuestra fuerza, comprar armamento de San Francisco, formar una maestranza en la que tenemos hasta ahora en material de guerra un valor de más de 30,000 pesos, después de haber surtido a Sonora, Durango y Jalisco. Este ha sido el resultado de un buen manejo que bien ha suplido a la falta de capacidad.

Al exponer a usted esto, ha sido mi intento llamar la atención de usted, para que al fijarse en la persona que deba desempeñar tan delicado puesto no se atienda tanto a la gran capacidad sino sobre todo a su patriotismo, honradez y prudencia; con estas cualidades y algunas instrucciones que el Supremo Gobierno le diera para obrar en los casos que pudieran ofrecerse, se conseguiría el objeto que nos proponemos.

Voy a tocar a usted otro punto también interesante.

El señor general Corona le noticia la aparición del señor Vega en la Baja California; pero no estaba aún bien informado cuando escribió a usted, pues el expresado señor general Vega ha llegado ya a un desembarcadero de la costa de El Fuerte y, tal vez, a la fecha debe estar en la misma villa de El Fuerte; así me lo comunica aquella autoridad del distrito. Sin que usted entienda que abrigo animadversión para con el señor Vega le manifestaré a usted, en verdad: es preciso que el Supremo Gobierno tome alguna determinación respecto de este señor, determinación que lo aleje de este estado, que indudablemente revolverá con su presencia, sin más objeto que debilitar al general Corona, contra cuyo jefe abrigo odios implacables. Sería muy difícil que pudiera hacer nada contra de un jefe que se ha cubierto de gloria y que se ha

conquistado verdaderas simpatías; pero esté usted seguro que siempre se pondrán en juego algunas intrigas que darán por resultado la guerra civil.

Para mayor claridad le manifestaré a usted que entre Corona y Vega no es posible reconciliación y, que estando inmediatos, hay el peligro de un rompimiento del todo funesto" para la causa pública. Por último, algunas personas fidedignas nos comunican los proyectos que trae en favor de González Ortega; yo no sé hasta qué punto pueda ser cierta esta especie; pero sin temor de equivocarme creo que si él ha concebido que esto pueda ser un medio que le sirva de pretexto para entrar en escena no lo esquivará; usted, pues, determinará lo que juzgue conveniente, en el concepto de que el tiempo confirmará que no he andado errado en mis apreciaciones.

Temo haber sido molesto con tan larga epístola, pero he juzgado de interés general los puntos que se tratan.

Siempre que usted tenga a bien honrarme con su amistad y confianza tendré la mayor satisfacción en escribir a usted continuamente informándole de cuanto ocurra por acá digno de atención.

Soy de usted atento y seguro servidor q. b. s. m.

Juan B. Sepúlveda

PROCLAMA DE PLÁCIDO VEGA AL REGRESAR A SINALOA

Compatriotas:

La fatalidad me presentó los mayores obstáculos para llevar a cabo con prontitud la comisión que al extranjero tuvo a bien conferirme el Supremo Gobierno de la República, obligándome, muy a pesar mío, a separarme del teatro de la guerra donde, como mexicano y soldado, estaba dando a mi patria los muy pequeños servicios de que soy capaz; pero por fin el cielo ha querido que después de llenar en lo posible mi encargo, vuelva al suelo donde vi la luz primera y gocé de ese sentimiento inexplicable y de la satisfacción que al soldado causa el poder sacrificarse en defensa de la independencia y la libertad de su patria.

Desde el extranjero he podido ver con júbilo el heroísmo con que, al defender la independencia de la nación, habéis salvado al estado de ser presa de los infames invasores. ¡Sinaloa se ha distinguido y llenado de gloria! Yo felicito sinceramente al ciudadano Domingo Rubí, nuestro digno gobernante, al infatigable general Ramón Corona, a los demás jefes y oficiales y a vosotros todos, por los gloriosos triunfos que habéis alcanzado, humillando al orgulloso ejército francés y os exhorto a que no dejéis un solo día de prestar vuestros importantes servicios, pues podéis estar seguros que pronto veremos lucir el día de la libertad, precursor de una era de paz y tranquilidad para nuestra patria.

En mi marcha al interior de la República, tengo el honor de ir acompañado por muy dignos jefes, oficiales y soldados de los que se han distinguido en los sitios de Puebla y Oaxaca y otras diversas acciones de guerra, por varios extranjeros que, después de haber defendido heroicamente en los Estados Unidos la causa de la civilización y

progreso, inmigran a nuestro país con arreglo al decreto del Supremo Gobierno expedido en Monterrey el 11 de agosto de 1864 y por muchos buenos mexicanos que desean servir a su patria.

Traigo abundantes pertrechos de guerra de primera clase, de los mismos que actualmente usan los ejércitos de Norteamérica e Inglaterra y os invito a todos los que no estéis con las armas en la mano, para que haciendo uso de estos importantes elementos, acudamos brevemente y en la mayor organización y disciplina a operar en donde el primer magistrado de la nación lo determine, procurando que nuestros servicios sean aprovechados con la oportunidad que el caso requiere, con la fe de ser nosotros los que le acompañamos triunfante al palacio de Moctezuma.

Vuestro compañero y amigo.

Pueblo de Zaragoza, agosto 15 de 1866.

Plácido Vega

LA CONDUCTA DE PLACIDO VEGA
NO ES CLARA

Álamos, agosto 30 de 1866

Ciudadano Presidente de la República,
Benito Juárez

Señor de todo mi respeto y estimación:

Por diversos conductos, supongo que habrá usted sabido que don Plácido Vega ha llegado al país y ha desembarcado en la costa de Sinaloa en un puerto llamado la Boca de las Piedras, trayendo consigo, según estoy informado, diez o doce mil armas y pertrechos de guerra, según dicen, de bastante consideración. Yo nada aseguro a usted sobre este último punto, porque conozco a don Plácido demasiado y él mismo me ha acostumbrado a no creer en todo lo que hace relación con su persona más que lo que veo y esto, todavía costándome algún trabajo. Creo, señor, que a usted no le faltan motivos para opinar como yo sobre este particular. Tal es y ha sido siempre don Plácido.

Este señor, apenas puso los pies sobre las costas de Sinaloa, expidió su proclama y se dirigió al prefecto y comandante militar del distrito de El Fuerte, solicitando el permiso para pasar adonde usted se encuentra, con el fin, según él mismo manifestó, de dar cuenta del desempeño de su comisión en el extranjero.

El prefecto actual de aquel distrito, no considerándose por los procedimientos de don Plácido con la facultad de otorgar el pase que se requería de su autoridad, respondió que daría cuenta al gobierno de Sinaloa, con el oficio que le había dirigido y que mientras se obtenía su

contestación, podía don Plácido y todos los que lo acompañaban dirigirse a la población de El Fuerte, en donde se la procurarían como se la han procurado todos los medios de traslación para que formara en aquella Villa el depósito general del armamento y municiones de guerra que él mismo aseguraba traer consigo.

Hallándose las cosas en tal disposición, repentinamente y con la mayor sorpresa para todos los habitantes y autoridades de aquel distrito, se ve a don Plácido establecer su cuartel general en un punto que llaman el Altillo, distante una legua de El Fuerte y dar principio a la organización de fuerzas, mandando comunicados a todos los pueblos y, lo que es todavía más escandaloso, amparando y protegiendo a desertores y vagabundos con marcado desprecio a la autoridad. ¿Qué se propone don Plácido con observar esta conducta? yo no lo sé; pero lo que se presenta claro para todo el mundo, igualmente que para mí, es que don Plácido hace lo mismo que haría un perturbador del orden establecido, con la circunstancia muy agravante de entorpecer con su marcha irregular y amenazante las operaciones militares sobre los traidores que ocupaban esta plaza, en los momentos precisamente en que más importaba su tenaz persecución.

Tales son, señor, los tristes preludios de la presencia de don Plácido en el estado de Sinaloa y tales son también las circunstancias que tienen paralizadas mis actividades y mi acción contra los enemigos de la patria.

Increíble parece que don Plácido, sobre quien gravitan cargos tan terribles como puede hacerle la nación a su vuelta del extranjero, haya venido a convertirse por sostener miras privadas en el mayor aliado de los traidores. Yo estoy, señor, colocado en una posición verdaderamente difícil. El gobierno de Sinaloa me tiene confiado esta línea militar, por creer su conservación de la mayor importancia para estos dos estados, como usted ve la he conservado, salvo la interrupción que sufrió por unos cuantos días en virtud de la funesta desocupación que hizo de esta plaza el ciudadano coronel Antonio Palacio; soy al mismo tiempo el prefecto y comandante militar del distrito de El Fuerte y, si estoy aquí, es porque me ha traído el amor a mi patria y el cumplimiento de mi deber. Ya usted

comprenderá que el doble carácter de qué me hallo revestido me impone obligaciones muy diversas; pero lo que ha venido a complicar más mi posición es la conducta de don Plácido precisamente en el distrito cuya administración me ha confiado el gobierno de Sinaloa. No sé a quién atender, si a don Plácido o al traidor Almada, que de nuevo organiza sus chusmas en los bosques impenetrables del Río Mayo. Estoy perplejo y en estos momentos que dirijo a usted la presente digo a usted con ingenuidad que no atino con el camino que más me convenga seguir.

De un día a otro espero carta de El Fuerte y con mejores datos veré lo que hago. Creo, señor, que si don Plácido persiste en su mal proceder, yo tengo que obrar; y como considero que nada hay que deba anteponer a la salvación de la patria y al bien público, si lo creo necesario, tomaré preso a don Plácido y lo pondré con todos los artículos de guerra que trae a la disposición del ciudadano general Ramón Corona, para que éste a su vez lo haga con usted.

Soy, señor, de parecer que de esta manera la cuestión Vega se simplifica y queda resuelta del mejor modo posible.

Nada sé de positivo acerca de las operaciones militares en el interior de este estado; pero de un momento a otro espero recibir noticias muy importantes. Las que sean tendrá el mayor gusto en participárselas su muy atento y muy adicto servidor.

Adolfo Palacio

CORONA TRATA CON PRUDENCIA
A PLÁCIDO VEGA

Presidio (Sinaloa), septiembre 2 de 1866

Ciudadano Presidente licenciado Benito Juárez
Chihuahua

Fino amigo:

El general Vega desembarcó en la Boca de las Piedras el día 7 del mes de agosto, se dice, con 700 fusiles y 30 fuerzas de artillería de batalla. Dirigió una comunicación al prefecto de El Fuerte diciendo que ha llegado con algunos jefes y oficiales, armas y pertrechos de guerra, para ayudar al restablecimiento de la República, de lo que ese mismo día da cuenta por extraordinario al Supremo Gobierno de la nación. Que encontrándose ocupado Álamos, a donde pensaba dirigirse para internarse al país, por el traidor Almada, se pone a las órdenes del prefecto de El Fuerte diciendo que ya da cuenta a la autoridad civil del estado. Hace un mes que desembarcó en aquel punto y no ha dado aviso ninguno de su llegada, ni a mí como jefe de las armas, ni al gobierno del estado. Publicó una proclama en Zaragoza, pueblo cerca de El Fuerte, la que circula, no en estos distritos, sino en el puerto de Mazatlán. Esta proclama no la he visto, pero por varias personas que han salido del puerto, sé que es ambigua.

Por un punto de delicadeza y para evitar en cuanto me sea posible la idea que las medidas que tome sean motivadas por cuestiones personales, no he dado ningún paso en este negocio, sino antes he retenido al gobierno del estado del cumplimiento rígido de su deber,

hasta no tener noticias acertadas u órdenes del Supremo Gobierno a quien las pedí a principios de agosto.

El gobierno del estado ha comisionado ahora al ciudadano licenciado Manuel Monzón, prefecto de Culiacán y hombre de bastante inteligencia y energía, para que pase cerca del general Vega, le extrañe su procedimiento y vea si están comprendidos o no el señor Vega y demás jefes y oficiales que lo acompañan en el decreto del Supremo Gobierno de la nación relativo a los mexicanos que se han estado en el extranjero sin licencia u comisión. Además, lleva la orden que tiene el gobierno del estado que se le entreguen, del armamento que ha comprado el general Vega, 3,000 fusiles.

El general Vega, según se dice, no trae más de 700 fusiles, pero en cambio trae piezas de batalla que en la actualidad nos serían de gran utilidad y agradecería mucho que el Supremo Gobierno diera orden, si lo juzga conveniente, que se ponga a mi disposición una parte de ellas.

Sigo hostilizando al enemigo con la misma fortuna de siempre de no tener pérdidas. Han llegado dos buques *La Victoire* y *El Lucifer*.

Lo más que ocurra le comunicará su afectísimo amigo.

Ramón Corona

PLÁCIDO VEGA SE COMUNICA CON JUÁREZ
OFRECIÉNDOLE INFORMACIONES

Chois, septiembre 4 de 1866

Ciudadano licenciado Benito Juárez,
Presidente Constitucional de la República Mexicana
Chihuahua

Señor de mi alto respeto y consideración:

Desde mi salida de San Francisco de la Alta California, el 8 de julio último y que tuve la satisfacción de comunicar a usted, así como a nuestro ministro en Washington, traté de practicar mi marcha con la actividad posible hasta conseguir entregar al Supremo Gobierno, que tan dignamente usted rige, los elementos de guerra que traigo y aunque mi arribo a la Boca de las Piedras, en la costa de este distrito de El Fuerte, lo verifiqué el día 7 del pasado agosto, según lo participé a usted, mis marchas han sido lentas y llenas de dificultades, debido a que este prefecto y comandante militar, lejos de haberme prestado auxilio alguno, se ha propuesto hostilizarme y de hecho lo ha efectuado por cuantos medios ha podido, de acuerdo con las instrucciones que para ello recibe de don Adolfo Palacio, de quien es suplente y dependiente de sus actos.

Palacio no sólo ha reconocido al imperio, como es notorio, sino que ha desempeñado comisiones de importancia de éste, en Mazatlán y Guaymas y ha estado obrando poco tiempo ha, de acuerdo con el comisario imperial al lado del traidor José María Almada y estas desagradables circunstancias son en mi juicio la única causa de todos los obstáculos con que he tenido que luchar hasta conseguir con dinero y falsos informes; al pasar por la villa de El Fuerte, la deserción de más de

20 de los soldados americanos que me acompañaban, la mayor parte con todo y armas que no permitió recoger.

Una orden del Supremo Gobierno para que se me impartieran los auxilios que en mi viaje necesite, podría allanar todos los inconvenientes con que tropiezo, por esto suplico a usted que si lo fuera oportuno, se sirva disponer se libre orden recomendando a los gobernadores de los estados por donde tenga que pasar, me suministren los auxilios que en mi marcha necesite.

Tendré la satisfacción de dar a usted un parte de todos mis actos y de cuanto me ha ocurrido desde mi llegada a la República, así como el balance de las cuentas de mi comisión, quedando así desmentidos los ligeros informes y conjeturas de que se han ocupado los traidores y otros, sin conocimiento de causa.

Tengo el honor de acompañar a usted unos ejemplares de la proclama que al volver a la República creí conveniente expedir y que deseo sea de su aprobación.

Traigo una imprenta que, aunque chica, viene perfectamente surtida; pronto la prestaré a ese Supremo Gobierno.

Entretanto tengo el gusto de verlo, quedo respetuosamente su más fiel y obediente seguro servidor, que le desea todo bien en unión a su muy distinguida familia.

Plácido Vega

NAPOLÉON ORDENA CONCENTRAR
LAS FUERZAS FRANCESAS Y RETIRARSE
ESQUIVANDO TODO COMBATE

Monterrey, agosto 11 de 1866

Señor Presidente don Benito Juárez

Respetable señor de mi atención:

Con fecha siete del presente escribí al señor Lerdo, suplicándole pusiese en conocimiento de usted lo que creyere conveniente de esa mi carta; a la vez, le decía, que no escribía a usted directamente, receloso de distraerlo de sus ocupaciones. Sin embargo, hoy lo hago por recomendación del señor Escobedo para participarle las siguientes noticias que nos ha traído de San Luis Potosí el padre Vega, hermano del general don Lorenzo.

El padre Vega salió el tres de este mes de San Luis, dejando a Bazaine el cuatro, en el Venado, al frente de 4,000 franceses, camino de Zacatecas, a donde se dirigía con objeto de apoyar la retirada de las fuerzas de Durango. Según dicho padre, las últimas órdenes de Napoleón a Bazaine, son las de concentrar sus fuerzas y retirarse, esquivando todo combate que pudiera, o agravar la situación del país o lastimar el honor de la armada francesa y procurando, sobre todo, dejar la situación en manos de usted. Refiere también, que en vano la Francia ha solicitado de los Estados Unidos que le aseguren que México les pagará sus empréstitos todos; que Mr. Seward ha contestado que Estados Unidos no podrían hacer más que recomendar prudentemente ese negocio al Presidente de la República Mexicana. Por último, nos asegura que en México circulaba ya un manifiesto de Maximiliano en el que exponiendo

que la situación era imposible, abdicaba el poder en manos del pueblo mexicano, para que se diese el gobierno que le conviniera.

Con gusto he cumplido la recomendación del señor Escobedo y aprovechando la ocasión concluyo, protestando a usted como siempre, mi afecto y respeto.

Anacleto Herreira y Cairo